

LOBO NEGRO
HISTORIA DE UNA AMISTAD SALVAJE
NICK JANS

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ

e
errata naturae

A la memoria de Greg Brown
1950-2013
Amigo de todos los seres vivos

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2017
TÍTULO ORIGINAL: *A Wolf Called Romeo*

© Nick Jans, 2014
© de la traducción, Miguel Ros González, 2017
© Errata naturae editores, 2017
C/ Doctor Fourquet, 11, local dcho.
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

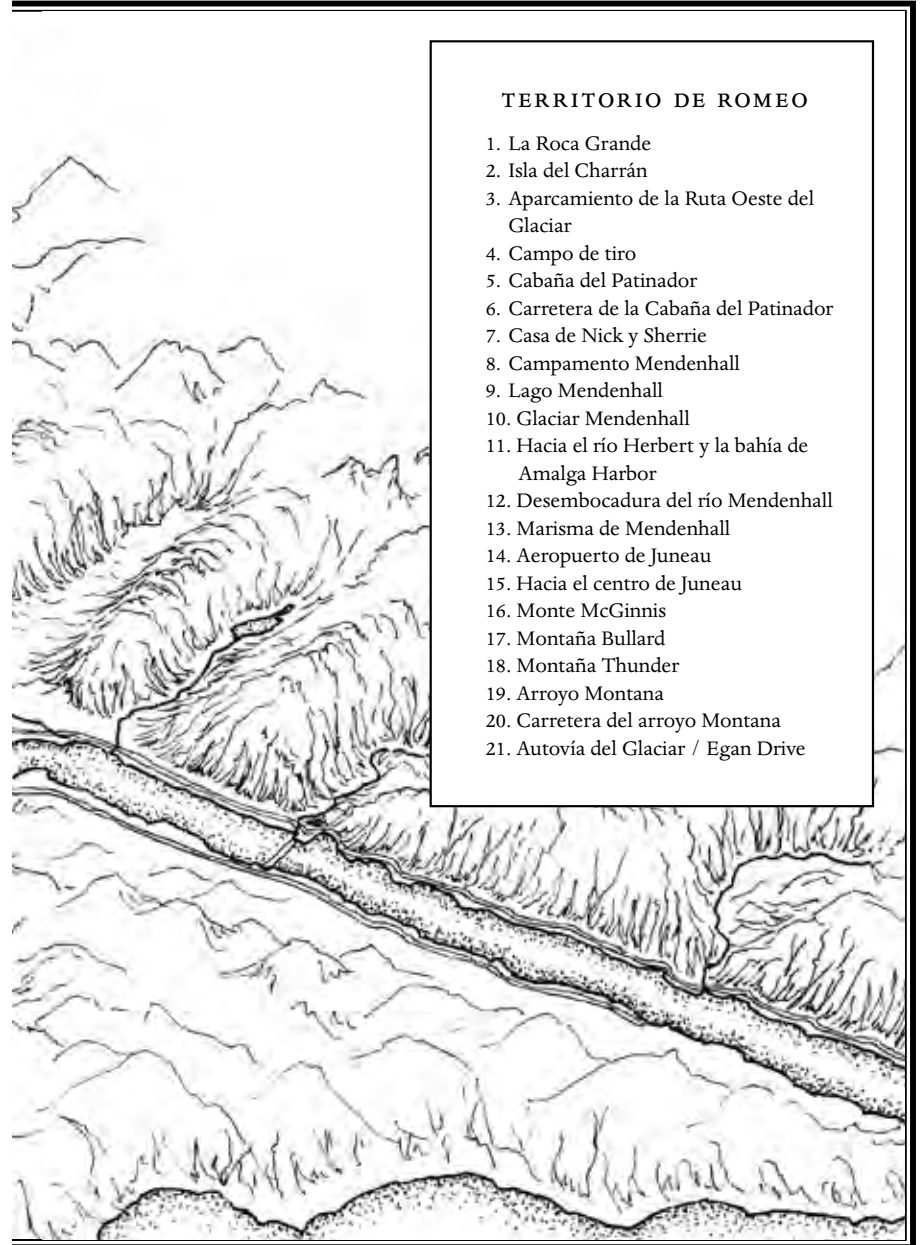
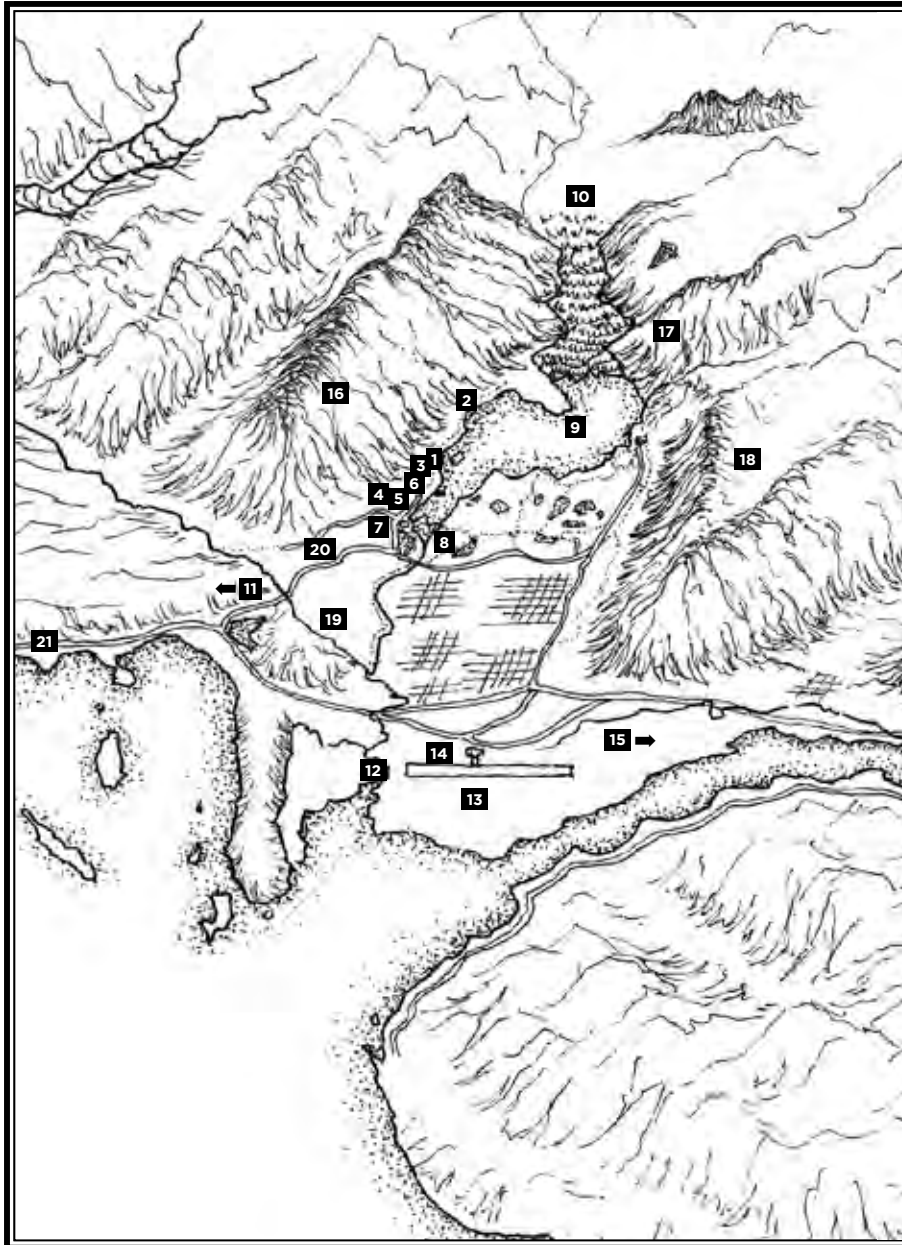
ISBN: 978-84-16544-38-7
DEPÓSITO LEGAL: M-7179-2017
CÓDIGO BIC: BM
IMAGEN DE PORTADA: © Nick Jans
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.



Pues el hombre no será la medida del animal. En un mundo más antiguo y pleno que el nuestro, se mueven en un estado perfecto y completo, dotados con la extensión de unos sentidos que nosotros perdimos o jamás poseímos, siguiendo voces que nunca oiremos. No son nuestros hermanos, no son subalternos; son otras naciones, atrapadas con nosotros en la red de la vida y el tiempo.

Henry Beston, *Naturalista*, 1928



TERRITORIO DE ROMEO

1. La Roca Grande
2. Isla del Charrán
3. Aparcamiento de la Ruta Oeste del Glaciar
4. Campo de tiro
5. Cabaña del Patinador
6. Carretera de la Cabaña del Patinador
7. Casa de Nick y Sherrie
8. Campamento Mendenhall
9. Lago Mendenhall
10. Glaciar Mendenhall
11. Hacia el río Herbert y la bahía de Amalga Harbor
12. Desembocadura del río Mendenhall
13. Marisma de Mendenhall
14. Aeropuerto de Juneau
15. Hacia el centro de Juneau
16. Monte McGinnis
17. Montaña Bullard
18. Montaña Thunder
19. Arroyo Montana
20. Carretera del arroyo Montana
21. Autovía del Glaciar / Egan Drive

AGRADECIMIENTOS

La ardua tarea del escritor, aunque solitaria, nunca se lleva a cabo a solas. Estoy en deuda con todos los que me animaron y ayudaron con este libro, a lo largo de siete años de vida y tres de elaboración. Quiero dar las gracias en especial a Harry Robinson por ser tan generoso con sus recuerdos; a Corry Donner, que leyó cada palabra, y no una, sino varias veces, con su mirada sagaz y su sensatez; a mi esposa, Sherrie, que me alentó a contarla y vivió la historia conmigo; a Tina Brown, Joel Bennett y Vic Walker, amigos incondicionales de principio a fin; a Laurie Craig, artista cartográfica sin parangón; a Susan Canavan, de Houghton Mifflin, por creer; y a Elizabeth Kaplan, extraordinaria agente, por guiarme. Muchas gracias también a los investigadores Vic Van Ballenberghe y Patrick Walsh, que revisaron el contenido científico del manuscrito. También doy las gracias de corazón a las muchas personas que compartieron sus experiencias y su conocimiento conmigo, entre otros: John Hyde, Michael Lowman, Ryan Scott, Neil Barten, Doug Larsen, Matt Robus, Lem Butler, Chris Frary, Pete Griffin, Ron Marvin, Jon Stetson, John Neary, Kim Turley, Denise Chase, Lynn Schooler, Nene Wolf, Arnie Hanger, Elise Augustson, Sue

Arthur, Harriet Milks, el agente de la Policía Estatal de Alaska Dan Sadloske, el doctor William Palmer y las decenas de personas que, sin duda, se me olvidarán. Quiero extender mi profundo respeto a los muchos investigadores que han arrojado luz sobre el mundo de los lobos, y a los cazadores inupiaq, en particular a Clarence Wood y Nelson Greist sénior, que intentaron enseñarme lo que sabían.



Primer encuentro, Romeo y Dakotah.

PRÓLOGO

«¿Estás seguro de lo que vamos a hacer?», susurró mi mujer, Sherrie. Miró por encima del hombro hacia el resplandor reconfortante de nuestra casa a orillas del lago, y luego volvió a mirar al frente, al lobo negro que se recortaba contra el hielo en el crepúsculo creciente. Nos habíamos llevado sólo a uno de nuestros tres perros, a Dakotah, la labrador dorada, agazapada contra el frío del sureste de Alaska; siempre se portaba muy bien y obedecía nuestras órdenes en presencia de animales salvajes, de osos a puercoespines.

A pesar de sus comprensibles nervios, Sherrie estaba tan emocionada que casi no cabía en sí. Después de tantos años de intentos en vano, allí estaba: su primer lobo. Perfecto, pensé, y más fácil que nunca. Sin embargo, a medida que nos adentramos en el hielo, las cosas cambiaron. El lobo, en lugar de observarnos desde el límite del bosque, como había hecho varias veces conmigo, miró en nuestra dirección y empezó a acercarse al trote. Luego aceleró a una carrera contenida, levantando la nieve con las patas a su paso y la boca abierta de par en par. Acerqué a Sherrie a mí y agarré el collar de Dakotah; la vista se me afinó y las sinapsis restallaron en mi cerebro. Había

visto bastantes lobos a lo largo de mi vida, algunos muy de cerca, y el pánico nunca se había apoderado de mí. Sin embargo, quien diga que no sentiría un subidón de adrenalina al ver a un lobo acercarse a la carrera, sin tener un arma ni un sitio adonde huir, y estando en compañía de seres queridos a los que defender, es un descerebrado o está mintiendo.

En cuestión de unos pocos latidos, el lobo estaba a treinta y cinco metros. Se quedó con las patas rígidas y la cola levantada, clavándonos su mirada, sin parpadear: una postura dominante, muy poco tranquilizadora. Entonces, lanzando un gemido y dando un tirón, Dakotah se liberó de los dos dedos con que la agarraba del collar y se fue directa hacia el lobo. Con un tono desesperado que agudizó su voz, Sherrie la llamó una y otra vez, pero no hubo forma de parar a la perra. La labrador frenó deslizándose, a unos pocos metros del lobo, y se quedó erguida, con la cola recta. Mientras observábamos la escena boquiabiertos, el lobo bajó la suya a la misma altura. Ahora que estaban tan cerca, pude ver con claridad lo grande que era. Dakotah, el clásico labrador hembra, bajo y fornido, pesaba unos musculosos veinticinco kilos; estaba frente a frente con el lobo negro, cuyo peso la doblaría de largo. Sólo su cabeza y su cuello eran igual de grandes que el tronco de ella. Unos cincuenta y cinco kilos, calculé. Quizá más.

El lobo se acercó con paso rígido a Dakotah, y ella le correspondió. No daba muestras de oír nuestros gritos. Se mostraba resuelta y concentrada, en completo

silencio; no se parecía en nada al labrador alegre que solía ser. Estaba como hipnotizada. Ella y el lobo se estudiaron, como si tuviesen delante un rostro casi olvidado e intentaran recordar. Fue uno de esos momentos en que el tiempo parece aguantar la respiración. Apunté con mi cámara y saqué una sola fotografía.

Como si ese *clic* imperceptible fuera el chasquido de un dedo, el mundo empezó a moverse de nuevo. La postura del lobo cambió: con las orejas erguidas y muy juntas, avanzó otro cuerpo, se inclinó en una reverencia sobre sus patas delanteras y levantó una pata. Dakotah se acercó todavía más, caminando de lado, y lo rodeó, aún con la cola recta. Ambos tenían los ojos clavados en el otro. Cuando sus hocicos estaban a menos de treinta centímetros, volví a pulsar el obturador. Una vez más, el sonido pareció romper un hechizo. Dakotah por fin oyó la voz de Sherrie y volvió hacia nosotros, dando la espalda, al menos por el momento, a esa llamada de la naturaleza que acababa de oír. Pasamos unos minutos larguísimo mirándolo, mientras Dakotah lanzaba gemidos quedos a nuestro lado, observando a ese bello y oscuro desconocido que nos devolvía la mirada y gemía a su vez, con una intensidad aguda que llenaba el silencio. Anonadados, Sherrie y yo hablábamos entre murmullos, preguntándonos qué estábamos viendo y qué significaba.

Pero estaba oscureciendo: tocaba irse. El lobo se quedó observando nuestra retirada con la cola erguida; luego, levantó el hocico al cielo y lanzó un aullido alargado, como el de un enamorado. Por fin, se alejó trotando

hacia el oeste y se perdió en el bosque. Mientras volvíamos a casa bajo ese profundo crepúsculo invernal, las primeras estrellas titilaron en el cielo. A nuestra espalda, los lamentos penetrantes del lobo resonaban en el glaciar.

Con ese primer encuentro, una tarde de diciembre de 2003, un lobo negro salvaje pasó a formar parte de nuestra vida: no era una mera silueta atisbada fugazmente, sino un animal que nosotros y otras personas pudimos conocer a lo largo de varios años, como él nos conoció a nosotros. Éramos vecinos, eso seguro; y, aunque habrá quien se burle, yo diría que también amigos. Ésta es una historia con luces y sombras, esperanza y tristeza, miedo y amor, y quizá una pizca de magia. Es una historia sobre nuestro paso por este mundo menguante, una que necesito contar —ante todo, a mí mismo—. De madrugada, llena el espacio entre los latidos de mi corazón; me mantiene despierto. Al relatarla, no espero deshacerme de ella, ni siquiera comprenderla, sino plasmar de la mejor manera posible todos los hechos, cavilaciones y preguntas sin responder. Dentro de unos años, al menos sabré que no fue sólo un sueño, y que hubo una vez un lobo negro a las puertas de nuestra casa. Ésta es su historia.





La firma de Romeo: huella arrastrada de la pata trasera izquierda.

Corría principios de diciembre y estaba dando mi clásico paseo vespertino en esquíes por el lago Mendenhall, detrás de la casa. Frente a mí, la amenazante mole azul del glaciar Mendenhall, enmarcado por una serie irregular de cumbres nevadas —McGinnis, Stroller White, las Torres Mendenhall, Bullard y la montaña Thunder—, brillando bajo la luz azul del invierno. La persona más cercana era otro senderista, a un kilómetro y medio de distancia. Al ir concentrado en el movimiento de los esquíes, estuve a punto de no ver la línea de huellas que se cruzaba con mi ruta. Ya a primera vista, hubo algo que me hizo parar en seco y dar media vuelta para echar otro vistazo.

No podía ser.

Pero era.

Unas huellas del tamaño de mi mano, más grandes y romboidales que las de un perro; huellas de patas delanteras y traseras casi idénticas, con ese patrón fluido que tantas veces había visto en mis dos décadas viviendo en la naturaleza salvaje del Ártico, dos mil kilómetros al norte. Pasé la mano suavemente sobre una huella: bordes crujientes, pero suaves como una pluma; tenía unas dos horas, como mucho.